

## En Decar hasta el día 5

# RAMIRO TAPIA O EL HOMBRE FRENTE AL COSMOS

## «DIALOGAR CON MIS SEMEJANTES, OBJETIVO ESENCIAL DE MI PINTURA»

Ramiro Tapia es un hombre libre. Sonríe ante la afirmación y la justifica.

—Al menos procuro serlo. Puedo decirte que he renunciado a una serie de ataduras, familiares —soy soltero—, profesionales —abandoné mi carrera de arquitectura— y me puse a pintar.

En aquella renuncia y en sus experiencias posteriores, adyacentes al arte, en su mucho trabajo y sus meditaciones, se halla la raíz de los cuadros, expuestos hasta el 5 de noviembre en la galería Décar.

—Mi pintura está basada en un misticismo, entendido en el sentido de introspección. Así, me encuentro a mí mismo. Y siento la necesidad de dialogar con mis semejantes, a través de mi arte. Lo consigo o no. Eso no lo puedo saber. En comunicarme con ellos radican mis esfuerzos. Pero para ser capaz de pensar, hay que liberarse de todo.

—¿No crees en lo espontáneo?

—No. Se llega mediante un proceso de autenticidad y experimentación. No confío, ni en la inspiración —en el sentido vulgar de un brote repentino

de genialidad—, ni en la improvisación. Si, en la investigación, en la elaboración. Claro que, originadas en cierta tendencia lejanísimas y netas, que experimenta un individuo hacia unas determinadas formas.

Ese continuo quehacer ha llevado a Ramiro Tapia, nacido por casualidad, en Santander, durante un verano, pero madrileño de pies a cabeza, a las galerías de Madrid, Barcelona, Berna, París, Milán, Bayona, Salamanca, Palma de Mallorca, León, incluso de Illinois (Chicago), Alicante, Lisboa, La Coruña, Amberes, Londres, sin distinciones de cronología de fronteras, que sus cuadros han atravesado.

—¿Sabes qué pienso? Pues que la sociedad se mueve gracias a esquemas en un mundo de patrones. Y cuentan, los convencionalismos. Cuanto más clasificado está uno, mejor y más comprensible es para la gente. Estamos estatificados. Y así, a un cuadro, se le clasifica mentalmente. Y se considera bueno o malo si se parece al de otros, que están consagrados.

—¿Y así derivamos en la pintura comercial?

—Lo honrado es romper moldes. Un día descubres lo que te interesa, nuevo e intuitivo, en cuanto a elaboración. Y toda la obra se convierte entonces en pura evolución. Sientes que no puedes enfosilizarte. Y eso de adoptar unas fórmulas y repetir, día tras día, los cuadros, ni demuestra inquietud, ni me interesa.

—Explica, entonces, tu obra.  
—Se basa en que yo no creo en nada estático. Desde la célula hasta la galaxia, no existe nada inerte. Las personas, cambiamos, pero hay algo que permanece. Y en captar lo que permanece, estriba el éxito. Mira, por ejemplo, la Gioconda. Cada persona y cada ángulo la hacen diferente. Esto es lo que yo defiendo.

—¿Y qué te preocupa, Ramiro?

—El hombre frente al cosmos, desde un punto de vista metafísico y místico, observa uno de mis cuadros. Tierra, o ser, y un ente superior, son mis elementos. Yo creo en el más allá y pienso que mi pintura es de una gran fe. Fe y preocupación sobre, de dónde vengo, a dónde voy. Mis simbolismos los pro-

yecto hacia algo superior, estático, que todo lo envuelve. Hago una pintura sugerente, porque los grandes problemas los presento de forma esquemática, siempre con el fondo del hombre, frente a la inmensidad cósmica.

—O sea, que huyes de la pintura anecdótica.

—Sí. Me afano en la filosófica y universal. Busco la introspección, en la soledad del hombre. Quizá, por eso, mis cuadros producen a veces miedo, cierta desazón.

—¿Y trabajas mucho la técnica?

—Esta debe ser muy elaborada y matizada, para que sirva a la función intencional. Debe ir condicionada a mi mensaje. Y la he conseguido tras muchos años de laboratorio.

—Eres un científico de la técnica y tu pintura podría calificarse de intelectual. ¿Pero gustas, vendes?

—Son dos cosas diferentes. Si me pidieras una definición diría que mi pintura es más, de museo, que comercial. Pero, por ejemplo, antes ha venido un señor y se ha estado más de un cuarto de hora parado ante cada cuadro. No sé si comprará, pero sí, que le han gustado. Y el diálogo, ya te he dicho que para mí, es vital.

—Planteas demasiados problemas.

—¿Ojalá expusiera soluciones! Pero ¿dónde están? De todas formas, procuro hacerlo poéticamente. Mira, yo he vivido mucho en el campo. He observado al mundo vegetal y al mundo animal y todo ello, junto al hombre, forma parte de mi temática, siempre frente a algo desconocido, y que está por encima.

—¿Cómo te consideras a ti mismo?

—Como una especie de profeta, predestinado a pintar. Me creo obligado. El encuentro del hombre consigo mismo es mi meta, y aspiro, si fuera posible, a evangelizar —valga la palabra— artísticamente.

—¿Y cómo ves a un Ramiro Tapia, futuro?

—Opino que el haber llegado hasta aquí me sitúe en posición de gritar pictóricamente, aún más. Y siempre, por los caminos de diálogo, veo en mi futuro, una pintura de grandes tamaños y para algunos, disparatada en su concepto. Pero fiel a mi capacidad de ser, sentir y pensar.

